

003 La culpa por Bernard de Montreal

La culpa es probablemente uno de los mayores errores del hombre. La culpa es probablemente la mayor trampa de la mente humana. Su peligro es tan grande y tan vasto que afecta a todos los hombres en algún momento de sus vidas. Ningún hombre puede decir que en su vida no se ha sentido culpable.

Hay personas que viven vidas llenas de culpa. Estas vidas son tan terribles y tan peligrosas para la evolución del ego y el desarrollo de la individualidad de la persona, que los que se benefician de ellas, que los que, por su posición social, moralizante, influyen en los seres, grandes sensibilidades. Este sentimiento de culpa retrasa su evolución y pone en peligro sin darse cuenta la evolución de todo un planeta, de toda una civilización, de toda una cultura.

El mayor peligro de la culpa es que este fenómeno actúe como una cadena y que este fenómeno encadene a todos los egos más o menos afectados por él. Y la razón es esta: es que el ego está solo, el ego no tiene comunicación con los planos de la Luz, el ego no está siendo iluminado por una inteligencia superior a la suya, no tiene ningún punto de referencia para determinar si una acción o otra debe ser tomada o no, en relación con un aspecto moral del comportamiento en cualquier experiencia.

El ego, dejado solo a sí mismo, es incapaz a menos que sea muy fuerte, muy individualista - ¡y otra vez! - tomar decisiones contrarias a ciertas normas establecidas en la sociedad por la tradición o por ejecutivos en autoridad que imponen mecánicamente la voluntad de su propia evolución. La culpa se basa en un hecho, un hecho fundamental, el único hecho que realmente vale la pena estudiar. Y este hecho es el del aislamiento psicológico, moral y filosófico del ego de la sociedad. El ego es incapaz de juzgar sus acciones, si sus acciones deben ir en contra de una normalidad establecida durante siglos en una sociedad que se comporta mecánicamente y donde todos los egos deben conformarse a un género o a una forma de vida.

Si el ego es menos fuerte, si es menos individualista, si quiere seguir su propio camino, debe soportar el peso de su acción y a menudo este peso pesado se pegará a sí mismo, y el tono emocional que el ego tomará es el tono de la culpa. Para que el ego no se sienta culpable, se ve obligado actuar en relación con las normas establecidas y a no desviarse demasiado de ellas. Por lo tanto, una acción, incluso si retrasa la evolución del ego, debe ser cometida, llevada a cabo hacia los hombres para mantener la paz del ego. Y los egos actúan así por millones y miles de millones para que la conciencia social prevalezca sobre la conciencia individual y terminemos al final de los siglos con sistemas políticos, con sistemas sociales o sistemas culturales que imponen su voluntad al ego y que aprisionan al ego en un marco que no puede violar por sí mismo.

Esta situación es muy peligrosa, porque el ego nunca se atreverá a violar lo que cree en el fondo de sí mismo: un principio o una ley que no es realmente creativa, pero que es aceptada tradicionalmente. El ego, como resultado, crece y pierde cada vez más su voluntad. Si actúa por una razón de frustración contra el principio establecido, sufre con el tiempo de culpa que lleva a una inseguridad creciente. Y esta inseguridad la socava porque es fundamentalmente el producto de una forma anormal de actuar hacia los hombres.

La culpa es tan perniciosa que aquellos que la padecen, en un alto grado, eventualmente pierden toda habilidad para enfrentarla con fuerza, aquellos a su alrededor toman en sus vidas porciones que no les pertenecen, pero de las cuales tienen control porque consciente o inconscientemente saben que el ego tendrá que alcanzarlos y no resistir a sus demandas.

La culpa es un error fundamental, que sólo se puede ajustar a la luz de una gran sensibilidad interior o a la luz de la inteligencia de la voz que habla por sí misma y que muy a menudo nos obliga a actuar y superar los límites de nuestros miedos sobre la culpa hacia los demás.

Todos los egos deben respetar a los egos, cuando los egos son respetables, cuando los egos son magnánimos, cuando los egos son justos o cuando su situación requiere una atención razonable. Pero si un ego se siente culpable por no actuar de tal o cual manera en relación con otro ego que le pide una extensión anormal del don de sí mismo, este ego debe darse cuenta internamente y con fuerza, del derecho a negar la solicitud que hacemos con el, para destruir el vampirismo que muy a menudo y con demasiada frecuencia proviene de aquellos seres que piden a otros ser servidos.

¡Ningún hombre tiene derecho a otro hombre, ningún hombre! Y repito, ningún hombre tiene derecho a otro hombre, ¡es una ley universal! Todos los hombres son iguales en el alma. Si un hombre le pide algo a otro hombre, su solicitud debe ser hecha por el otro en virtud de lo que pueda y quiera hacer al respecto de esta solicitud. La razonabilidad es siempre requerida en cualquier acción perpetrada por un ego hacia otro ego. Lo que ya no es razonable y que se mantiene en demanda debe ser totalmente cuestionado y juzgado sobre el terreno.

Un ego que no hace esto, que no se acostumbra, en algún momento de la vida, a instituir en sí mismo el tribunal de su propio juicio sólido, inteligente hacia una acción que se le pide y que se siente obligado por debilidad, por tradición, por el vínculo emocional a responder siempre y a responder a lo que se le pide, se vacía y se vacía a sí mismo. Y puede seguir vaciándose durante años. Hay personas que desde hace años se han despojado con otros y han perdido la posibilidad de emancipar sus propias vidas, de dar alegría a sus vidas, de dar felicidad a sus vidas, de educar familias, de educar hijos, de convivir con esposos o esposas, porque los seres egoístas les pidieron cosas, les tendieron la mano y esperaron, y casi psicológicamente o moralmente forzaron a estos egos a alcanzarlos y a responder a sus demandas.

Esta injusticia social, sólo el ego, fuertemente determinado y fuertemente arraigado en un juicio preciso, basado en el sentimiento interno de su carácter justo y el equilibrio de la razón con la emoción del pensamiento, puede actuar de esta manera. Sólo el ego sólido, sólo el ego vigilante, sólo el ego equilibrado, sólo el ego poderosamente sentado en su conciencia interna, puede con el tiempo destruir sus cadenas y liberarse de una vez por todas de las demandas que le llegan de ambos lados de la sociedad, de seres o egos que tienen una gran facilidad para pedir, pero que tienen una gran incapacidad para dar. Un ego naturalmente generoso nunca impondrá a otro ego cosas o un modo de acción cuyo rechazo creará culpa en el ego.

Pero un ego, un ser egoísta, egocéntrico, que no tiene sentido del amor, que no tiene sentido de la devoción real, que no tiene magnanimidad en él, siempre tratará de pedirle a otro ser que se acerque a él porque la sociedad, la moral, esta famosa moral lo impone. Este ego buscará todo tipo de medios, todo tipo de medios emocionales para crear en el otro un sentido de culpa. Le diremos: "Pero, tu pobre madre...; pero, tu pobre padre...; pero, yo te traje al mundo...; yo te di la vida...; ¿qué me haces a mí...; qué me das? "y todo tipo de fórmulas llenas de una mente egoísta, una mente que no entiende la vida, una mente que no sabe dónde está la realidad del ego en el alma.

No se trata de ser duros, no se trata de cortar lazos, no se trata de dar una mano a aquellos que a menudo nos piden, ya sea por debilidad o por situación, que les ayudemos o que hagamos algo por ellos. Se trata de saber por sí mismo si una acción o un gesto particular es necesario de manera justa y juiciosa en una situación dada.

Y si tal gesto no es necesario, si tal gesto no es indicado por la ciencia interna del ego, éste debe ser lo suficientemente fuerte como para darle un final o un límite a este gesto, para detener el juego de esta mascarada que enmascara las relaciones reales de un ego con otro.

Cuando digo que nadie tiene derecho sobre otro, lo digo en el contexto de una conciencia muy profunda de la importancia de ser como individuo. Las relaciones que existen o deben existir entre dos seres deben ser relaciones de equilibrio.

Si, desgraciadamente, por los valores sociales, culturales, morales y moralistas que atan a dos personas y obligan a una a imponer exigencias a la otra que la otra se siente obligada a cumplir, esta última casi pierde el derecho a la libertad personal. Es muy importante que este hombre entienda de una vez por todas que es un agente libre en la vida, que es en la vida un ser que tiene el derecho de decir no. Y este derecho a decir no es parte de su propia capacidad de no reflexionar de manera culpable sobre el no que emite en cualquier situación.

Si usted tiene el derecho de decir que no, si usted tiene la habilidad de decir que no, diga que no! "y deja de rumiar sobre las consecuencias emocionales del no que dijiste. Ten la fuerza para pararte derecho junto a tu no y dejar de sentirte culpable después porque emocionalmente no estás perfectamente seguro de tu no. Ahí es donde reside el problema.

Mucha gente dice que no, y después de decir que no, sufren. Es una situación totalmente ridícula, porque ya se ha votado en contra. Su acción social ya ha sido determinada o decisiva. Si permanecen con un regusto en el corazón o en la mente, es su culpa. Y solos y por sí mismos, pueden salir de este círculo vicioso. Y para salir de ella, deben aprender que la culpa es una ilusión de la que son responsables, porque se la imponen a sí mismos por debilidad.

Toda culpa es una debilidad. Cualquier debilidad lleva a un empeoramiento de la debilidad general del carácter del ser. Porque una debilidad ya es un rasgo negativo en una estructura que te gustaría que fuera positiva.

No se puede construir una casa con una falla en los cimientos. Si hay un defecto, habrá otro y otro. Para que la culpa que viene de una debilidad siga creando culpabilidad, lo que crea cada vez más en el ego, una pérdida de individualidad y que lo lleva a lo largo de los años a no poder utilizar más su coraje interno, su fuerza interna. Y así, derrocha sus propias posesiones en beneficio de los demás, elimina en él la resistencia emocional que necesita para luchar con fuerza contra los acontecimientos de la vida.

De modo que este ego se acerca, con el tiempo, a una edad en la que necesitaría esta fuerza para alcanzar la madurez y sin embargo no tiene los instrumentos necesarios porque ya sus fuerzas han sido derrochadas. Durante años fue derrotado en su propio camino de batalla.

La culpa es una mentira que te haces a ti mismo. Es una mentira que tiene dos caras: la de la debilidad personal y la de la falta de autocomprensión. Entonces, la mentira es siempre un reflejo de lo que nos gustaría ser pero... de lo que somos incapaces. Y el otro aspecto, la autocomprensión, refleja la falta de fuerza personal a nivel psicológico y esta falta de fuerza personal a nivel psicológico todavía refleja el hecho de que hemos sido vampirizados y vampirizados durante mucho tiempo por seres a los que hemos dado lo mejor de nosotros mismos por razones totalmente falsas e ilusorias.

La culpa refleja en el hombre una incapacidad natural para actuar de manera centrada y poder controlar por sí mismo el ritmo al que sus acciones tienen lugar en relación con otro ego. Esta incapacidad, esta impotencia refleja en el hombre, la falta de conocimiento interior y le provoca en la vida una serie de sufrimientos que podría o podría haber evitado fácilmente, si se hubiera conocido un poco más y si hubiera podido controlar un poco más sus emociones que benefician a los demás, pero que lo empobrecen a él mismo. No hay razón para ser culpable cuando no lo eres.

El ego debe aprender a amplificar su sentido de seguridad personal, cuando debe decir "no" a una situación o cuando debe actuar de cierta manera para no sufrir innecesariamente la culpa. Pero para amplificar este sentimiento interior de fuerza y gravedad, debe desarrollar su centralidad a través de la experiencia.

Es decir, cuando considera que una acción debe hacerse o cometerse de cierta manera, debe aprender a no echarse atrás y a no volver a cuestionarla. Cuando haya aprendido a no cuestionar más sus acciones, el ego será capaz de construir en él una fuerza y esta fuerza será mas poderosa con el tiempo, de modo que el hombre ya no podrá sufrir de la ansiedad psicológica y moral de su acción. Y entonces no podrá sufrir más culpa.

La culpa debe ser eliminada de la conciencia porque actúa como un ácido que reduce cada vez más la fuerza interior y somete al hombre a leyes emocionales que generan en él una debilidad, una incapacidad para hacerse más fuerte, más grande, más autónomo. La culpa es una trampa creada por la ilusión del ego y basada en la emoción del ego en virtud de actitudes o principios sociales generalmente aceptados por los miembros de la sociedad porque forman parte de una tradición a menudo muy larga y una tradición que también debe evolucionar.

Mientras usted sufra de culpa, usted sera incapaz de ver completamente claro en su situación personal. Serás incapaz de determinar la corrección de tu carácter y el poder de tu conocimiento interior. Serás empujado a la izquierda y a la derecha por sentimientos que inicialmente serán falsos y por los cuales sufrirás hasta el día en que habrás comprendido que la culpa es un cáncer y que reduce al hombre a la esclavitud.

El hombre debe saber internamente, debe estar internamente seguro de lo que está haciendo. Si no tiene esta seguridad, esta certeza, ahí es donde la culpa se eleva en su cabeza. Cuanto más carece el hombre de conocimiento interno, más carece de certeza interna -y no estoy hablando de certeza psicológica, estoy hablando de certeza interna, esta certeza que viene de lo más profundo del alma-, más sujeto está el hombre a cuestionar sus acciones y es por ello que vemos en él la culpa que se desarrolla y finalmente le roe para hacer de su vida un mapa escrito por circunstancias externas y no por su propia mano creativa.

Hay personas en nuestra sociedad, por no hablar de otras sociedades, que han arruinado sus vidas porque han sufrido una culpabilidad fuera de lugar. Y donde más se manifiesta la culpa es en la relación entre los hijos y los padres o entre los padres y los hijos. Donde hay un amor filial o un amor maternal cuyas acciones de experiencia son sancionadas por modos de tradición que a menudo ya no tienen lugar en una sociedad inteligente, en una sociedad donde la conciencia debe comenzar a establecerse.

Noten que si ustedes sufren culpa por una situación social, una situación familiar donde los lazos morales son fuertes, no es culpa de las personas que están en el origen de los elementos constitutivos de esta culpa, sino que es por su ignorancia que ustedes sufren culpa. Es tu propia ignorancia la que te lleva a la impotencia. No se puede culpar a la sociedad, no se puede culpar a las condiciones externas de la sociedad. La sociedad es un hecho y es lo que es.

Pero si te piden cosas y aceptas hacerlas porque si no las haces te sientes culpable, entonces eres responsable de ti mismo, delante de ti mismo. Y si porque no tienes la fuerza, sufres de culpa, entonces no es culpa de la sociedad sino la tuya.

Cuando hayas comprendido, cuando hayas sufrido suficiente culpa, cuando hayas sufrido suficiente por haber actuado de una manera, cuando debieras haber actuado de otra, gradualmente comenzarás a comprenderte y a fortalecerte para que un día puedas actuar de una manera muy clara, siempre en una situación equilibrada, siempre respetando los derechos de los demás.

Los derechos reales de los demás, pero no los derechos distorsionados por una moral que muy a menudo se basa en principios que los hacen vampiros, que los convierten en personas que no saben qué pedir y que utilizan los lazos filiales o parentales para acentuar en la víctima sentimientos de culpa que les sirven para lograr su fin.

Depende de usted saber, depende de usted dictar la dirección y la dirección de sus acciones. Depende de usted tomar el control de su vida. Lo que otros te imponen por la naturaleza misma de los hechos de la vida, por su propia ignorancia, no es tu problema. Si la gente es débil, es parte de su experiencia. Pero sólo porque la gente sea débil no significa que tú también tengas que serlo.

La culpa es parte del mal. La culpa es un mal y un mal muy grande porque impide que el hombre llegue al centro de sí mismo. Y el mal es que, cuando el hombre llega al centro de sí mismo, ya no tiene ningún poder sobre él. El mal utiliza la culpa para perpetuar en la sociedad formas cancerosas, que se extienden a lo largo de los siglos, generaciones que le permiten obstaculizar constantemente la evolución del hombre, que le permiten evitar que el hombre se centre, es decir, que base su vida en sus sentimientos internos basados en las fuerzas del alma.

Por eso, cuando el hombre tiene contacto con las inteligencias de la alta naturaleza y escucha lo que estas inteligencias pueden aconsejarle sobre sus acciones, se somete automáticamente a una ley vibratoria que le permite generar en el plano material, en su vida física, acciones que no están teñidas de emoción, porque estas inteligencias se comunican con el hombre en el plano mental. Y de estas comunicaciones el hombre recibe una instrucción real sobre las proporciones normales de sus acciones en la vida diaria.

Si el hombre tiene contacto con estas inteligencias, con esta voz interior, que está cerca de él y busca ayudarlo, entonces puede comenzar a desarrollar la certeza que necesita en las acciones. Porque lo que recibe como señal de lo alto no está involucrado en la emoción humana.

De este modo, esta señal puede ayudar al hombre, si la sigue, a corregir los errores que ha cometido durante años y a desarrollar gradualmente un centro de fuerza, hasta que el día en que este centro sea poderoso, desarrollado, el hombre pueda actuar con total certeza en todas las situaciones sin poder sufrir el más mínimo matiz de culpa. A partir de ese momento, es libre, actúa con precisión, nunca mira hacia atrás, sigue adelante y su vida se convierte cada vez más en un rápido movimiento de experiencias que lo enriquecen y hacen de su vida algo especial, algo muy personal.

Cuidaos de vivir bien vuestra vida, de vivirla según las leyes del espíritu y no según las leyes distorsionadas por la involución del espíritu. Y entonces serás feliz y los demás, cerca de ti, tendrán su verdadera medida.